

Ciencia política en Argentina. Trazos históricos e historiográficos en perspectiva comparada*

*Cecilia Lesgart***

El artículo de Giovanni Sartori “Where is political Science going?” en el que hace un balance crítico sobre el desarrollo y los resultados arrojados por la ciencia política a principios del nuevo milenio, ha provocado acaloradas discusiones. Sumándose a la batería de escritos que desde hace una década se muestran incómodos frente a una definición específica y dominante de Ciencia Política. Ella tiene su origen en la “revolución conductista” afirmada en Estados Unidos a mediados del siglo XX, difundida en varios países europeos en las décadas posteriores, y asimilada diferencialmente en los contextos en donde ella se practica. ¿Tienen alguna vinculación el panorama general ofrecido por esas batallas argumentativas y la ciencia política producida en Argentina? Este escrito argumenta que se pueden distinguir tres momentos fundamentales en la configuración de la ciencia política producida en Argentina a lo largo del siglo XX. Un primer momento, de íntima asociación de las ciencias políticas con el derecho público y, posteriormente, el de las contiendas por adquirir una identidad distintiva de la impronta jurídica y del formalismo

* Dos versiones distintas de este artículo (una acotada, y otra más analítica y descriptiva) han sido presentadas en el VIII Congreso Nacional de Ciencia Política organizado por la Sociedad Argentina de Análisis Político (Buenos Aires, 2008) y a pedido en la *Revista Temas y Debates*, Facultad de Ciencia Política y RR.II. Universidad Nacional de Rosario (en prensa).

** Doctora en Ciencia Política por Flacso-Sede México (1997/2000). Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet). Profesora de grado y posgrado en Historia de la Ciencia Política y Teoría Política UNR/UNQ. Correo electrónico: clesgart@hotmail.com

legal-constitucional. Un segundo momento, decisivo en su configuración como moderna disciplina, emerge en la década de 1950, se despliega de manera temática en la década de 1960, y muestra todo su caudal expresivo entre las décadas de 1970 y 1980. El actual tercer momento se caracteriza por la creación y diversificación institucional, multiplicación de ofertas formativas, y un trabajo cada vez más apegado a patrones pautados de producción de curriculum. En este sentido, la ciencia y la teoría política están más vivas que nunca. Y, sin embargo, en forma progresiva asisten a la pérdida del carácter agonal con el que ellas florecieron en Argentina en el pasado reciente.

Palabras clave: ciencia política en Argentina, historiografía, pasado y presente, perspectivas comparadas en la historia de la disciplina.

Political Science in Argentina: Historical and Historiographic Sketches in Compared Perspective

Since Giovanni Sartori's article "Where is Political Science Going?", published in 2004, in specialized journals have appeared different articles trying to explain the theoretical origins of political science practice in Argentina. This exercise is not easy, because metatheoretical reflexion about how knowledge in political science is produce in Argentina is practical inexistent. Those articles which touch the subject do not agree about which have been the themes, methods, limits and definitions of this practice and whether they subscribe to "the behavioral program" or "the neoinstitucionalism" or the so-called "conductivism".

Nonetheless, although is difficult to sketch the historic origin of political science practice in Argentina, in this article I claim that we can distinguish three fundamental moments in history that can explain such an origin. First, we have to point out the close association with public law studies in the second decade of the twentieth century. Next, the consolidation of political science as a modern discipline in the fifties and, third, the emergence of new state institutions and the creation of specialized journals, book collections, research teams and periodical congresses from the seventies until these days.

Keywords: Political Science in Argentina, historiography, past and present, comparative perspectives in the history of the discipline.

El artículo escrito por Giovanni Sartori, difundido desde hace algunos años por diversas publicaciones periódicas,¹ ha provocado discusiones sobre la marcha, el desarrollo y los resultados arrojados por la ciencia política a principios del nuevo milenio. El balance producido por uno de los intelectuales líderes de la disciplina ha causado profundo impacto, incluso en países y contextos argumentativos acostumbrados a hacer periódicamente estados de la cuestión evaluativos sobre la ciencia política. Así, su aguda crítica se suma a la batería de escritos que desde hace al menos una década se interesan por preguntarse y argumentar sobre el estado de “agonía”, “tragedia” o “muerte” de la ciencia política (Almond, 1999; Held, 1991; Ball, 1995; Farr y Seidelman, 1996).

Para ser rigurosos, todas estas miradas críticas y autocríticas sobre lo que implicó el “programa behaviorista”, y el posterior y actual culto al “nuevo institucionalismo” –surgido ante la atenuación optimista del primero–, muestran la incomodidad e insatisfacción frente a lo que se ha constituido en una definición específica y dominante de ciencia política. Ella tiene su origen en el “conductismo” afirmado en Estados Unidos desde mediados del siglo XX, que fue irradiado desde la cultura politológica predominante de ese país, difundido en varios países europeos durante las dos décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, y asimilado con distintos ritmos temporales, intensidades metodológicas y desafíos programáticos en los diversos contextos en donde la ciencia política se practica, algunos de los cuales no se sintieron convocados, o siquiera preparados –formativa, académica, o políticamente– frente a ese llamado, tal es el caso de la Argentina.

Dado que existe abundante literatura especializada, difundida y publicada sobre la llamada “revolución behaviorista” y sobre las apuestas del “nuevo institucionalismo”, el cual hoy parece plantearse como un “sucesor superador” surgido de los escombros del anterior progra-

¹ Se trata de “Where is Political Science going?”, publicado en distintas revistas desde hace cuatro años, entre ellas *Political Science and Politics*, núm. 4, vol. 37, octubre, 2004; *Política y Gobierno*, CIDE, núm. 2, vol. 11, México, 2004; *Española de Ciencia Política*, núm. 12, abril, 2005. Parcialmente reproducido en el dossier de *Metapolítica*, revista trimestral de teoría y ciencia de la política, núm. 49, sept./oct., 2006.

ma, aquí no se profundizarán ni describirán rasgos, apuestas, o combates de ninguno de los dos² (Ball, 1996; White, 1996; Easton, 1996a y b; Dahl, 1996), pero es necesario subrayar que la ciencia política producida y practicada en Argentina, lejos se halla de encontrar sus rasgos distintivos o sus temporalidades definitorias en alguno de esos “programas” o “querellas” metodológicas, temáticas, o generacionales. Esto no supone decir que en la actualidad y en Argentina se desconozcan los aires impresos por el conductismo o el nuevo institucionalismo a la disciplina, tanto en su registro predominantemente estadounidense como en el de las adaptaciones provenientes de aquellas geografías en donde esta forma de practicarla pudo introducirse con más o menos fuerza. Pero examinando su historia e historiografía a nivel nacional, objetivo principal de este escrito, puede notarse que en Argentina el primer gran paso para la renovación temática y la construcción de una identidad disciplinaria tuvo menos que ver con los aires conductistas, y más relación con combates particulares con el derecho público e internacional público o de gentes, y más tarde tuvo que lidiar con el arrollador avance de la “sociología científica” practicada principalmente por Gino Germani. Después el interés por las instituciones fue despertado por la valoración positiva del ideal liberal-democrático durante las llamadas transiciones a la democracia, y muy poca conexión con el clima disciplinar neoinstitucionalista.

De esta manera, se puede decir que se torna muy difícil vincular los debates generados desde Estados Unidos sobre la marcha actual de

² De ninguna manera se pretenden homogeneizar ambos “programas” o “movimientos de protesta intelectual”, porque ni siquiera considerados en sí mismos guardan coherencia. Lo que se conoce como revolución *behaviorista*, se propuso desplazar el énfasis en las instituciones formales, dejar atrás el enfoque jurídico y legal hacia ellas, y principalmente salir de los estudios descriptivos e históricos, que eran considerados de baja densidad analítica e interpretativa. Alejándose de la narración histórica de las instituciones y de su valoración negativa o positiva, acentuaron la necesidad de producir un tipo de ciencia desprovista de juicios de valor, cercana en su método al de las ciencias naturales, capaz de cuantificar y mensurar. Reaccionaron contra las instituciones “formales” para centrarse en los comportamientos “reales” de grupos de interés, los electores y ciudadanos en general, camino en el que tomaron elementos de la psicología y de la sociología confiado, como el funcionalismo en boga, en la estabilidad de la democracia existente. Se dice que hacia finales de la década de 1980 el ensayo de March y Olsen, *The New*

la ciencia política que Sartori ha resumido de una manera provocativa, con las formas en que se ha producido la disciplina en Argentina. Asimismo, son pocas las posibilidades de ligar el surgimiento del conductismo y su posterior desplazamiento neoinstitucionalista con las temporalidades que la especifican de manera local. Por último, en nuestro país no han sido muy exitosas esas definiciones estrechas por las cuales cada uno de los “programas” arriba mencionados se ha presentado como la mejor forma de producir un conocimiento politológico empíricamente controlable y confiable, excluyendo o minimizando otras perspectivas.

La tarea de condensar trazos del pasado y del presente de la ciencia política en Argentina es ardua, dado que en este país la reflexión metateórica sobre cómo se produce el conocimiento en la disciplina es prácticamente inexistente,³ no son usuales los debates sobre su “estado del arte”, y recién comienzan a contarse historias sobre ella entre las que no hay acuerdos sobre su surgimiento y desenvolvimiento. Así, hay quienes entienden que la ciencia política, coincidente en sus orígenes con un “pensamiento político argentino” o con una “historia de las ideas políticas”, se remonta a principios del siglo XIX (Fernández,

Institutionalism: Organizational factors in political life, selló un clima disciplinario ansioso por encontrar alguna ruta distinta a la sentada por la generación conductista. Aunque de allí en adelante la centralidad recobrada por las instituciones excedió a la ciencia política, la máxima de tomar en serio a las instituciones formales fue un golpe para el conductismo. Este retorno a las instituciones se distingue del anterior aprecio en la incorporación de una colección de reglas, rutinas y procedimientos más compleja, en el impulso por armonizar niveles de análisis micro y macro, y por un método que intenta construir modelos complejos (matemáticos, estadísticos, de teoría de juegos). Así, si bien temáticamente el clima inaugurado por el behaviorismo no fue retomado “al pie de la letra” por el neoinstitucionalismo, ambos se han encontrado en una misma exhortación. Se amparan en la ciencia para arrojar fuera del campo lo que consideran valorativo: la producción teórico-política o la reflexión sobre los fundamentos de la obligación política, el Estado, la legitimidad, la representación. Se resguardan detrás de la ciencia y el método empírico obviando la preocupación por la producción de sentido de la política.

³ A diferencia de lo que ocurre, por ejemplo, en Estados Unidos. Recordemos que su estudio como disciplina ha sido reconocido por IPSA desde 1979. Y que en el 2000 se ha generado un proyecto sobre desarrollo de la ciencia política que intenta confeccionar su historiografía.

2002; Kandel, 2002).⁴ Aquellos que suelen consultar la *Revista Argentina de Ciencias Políticas* (RACP) dirigida por Rodolfo Rivarola, sugieren que el desarrollo de temas de su incumbencia comenzó hacia 1910 desde una publicación periódica interrumpida a finales de la década de 1920 (Roldán, 2006). También se hallan reflexiones que colocan sus antecedentes en la década de 1950, haciendo coincidir una primera “generación” de politólogos con el momento llamado de “modernización post-peronista” y acentuando su desarrollo en la ciudad de Buenos Aires y fuera de la universidad pública (Acuña, 2000). Y poseemos la conmemoración sobre los 20 años de fundación de la Sociedad Argentina de Análisis Político (SAAP) que, realizada en 2002, privilegió una historia corta. En ella se dejó de lado lo que constituye una quere-lla en torno al pasado, dado que la nueva organización surgía mientras aún existía la Asociación Argentina de Ciencia Política liderada por abogados constitucionalistas y especialistas en derecho público, que tuvo el reconocimiento de la International Political Science Association (IPSA), y sobrevivió hasta la década de 1990. En cambio, se prefirió acentuar el establecimiento de una asociación de profesionales fundada en el momento en que la ciencia política se ligó al retorno y funcionamiento constitucional de las instituciones, y cuando la política fue mirada desde el prisma de la democracia representativa y poliárquica. La selección conmemorativa de esa temporalidad coincide con dos cuestiones relevantes para la ciencia política local, regional y mundial. Por un lado, la selección de la década de 1980 concuerda con un tiempo marcado por relatos producidos para otros países de América Latina sobre el pasado reciente de la disciplina (Merino, 1999; Amorim y Santos, 2005; Sorj, 2001; Puryear, 1998). En ellos, se armonizan el florecimiento de la ciencia política con la emergencia de los genéricamente llamados procesos de recuperación del ideal democrático frente a regímenes políticos restrictivos y/o autoritarios, o de transición a la democracia desde regímenes militares. Por otro lado, la posterior crisis y derrumbe del orden militar o autoritario y el desafío de construir instituciones acordes con el clima liberal democrático, se acomodan de manera temática al reavivamiento del interés disci-

⁴ Este origen es claro en el artículo de Arturo Fernández y reaparece en el de Victoria Kandel. Los demás artículos sugieren otras emergencias.

plinario mundial –con eje en Estados Unidos– por las instituciones formales. Sin embargo, adelantando sospechas que se retomarán más adelante, en América Latina y en Argentina particularmente, el interés por estudiar las instituciones obedece mucho menos a una cuestión disciplinaria interna, asociándose firmemente con el nuevo despertar del Estado de derecho y de los regímenes liberales democráticos después de experiencias represivas u opresivas.

Este trabajo argumentará que se pueden distinguir tres momentos fundamentales en la configuración de la ciencia política producida en Argentina a lo largo del siglo XX. Ellos se vinculan con cronologías, pero éstas no los agotan. Un primer momento, que se desarrolla desde la segunda década del siglo XX, es de íntima asociación de las ciencias políticas con el derecho público, y el de las agudas batallas que se entablan después de la mitad del siglo por adquirir una identidad distintiva de la impronta jurídica y del formalismo legal-constitucional. Un segundo momento decisivo en la configuración de la ciencia política como disciplina moderna emerge en la década de 1950, se despliega temáticamente en la década de 1960, y muestra todo su caudal expresivo entre las décadas de 1970 y 1980.

Aquí, su primer rasgo de autonomía se delinea respecto a otras ciencias, la del derecho público y las reelaboraciones constitucionalistas de esa parte del siglo en primerísimo plano, y de la “sociología científica” en segundo. Sin embargo, de ambas se aleja de manera contundente hacia finales de la década de 1960 cuando acompañada por los embates de una historia que le es externa, comienza a construir su historia interna, preocupándose y analizando el golpe de estado conocido localmente como “el onganato”, y construyendo en forma tímida algunas perspectivas de posibles salidas “poliárquicas”. En lo relativo a su objeto de estudio, la ciencia política producida localmente empieza a adquirir una característica distintiva a partir de su preocupación analítica por los cambios de régimen político, los golpes militares, y las posibles perspectivas democráticas. En este sentido ligado a la pregunta por la construcción de orden político-institucional, la renovada ciencia política se aleja de los trazos que le podrían haber impuesto pensamientos de tipo revolucionario, predominantes en otras ciencias sociales y en la región. Anunciando lo que se trabajará más

adelante, vital será para la ciencia política la posterior y última dictadura militar. A diferencia de la instancia precedente, donde la ciencia política fue “reinventada”, el actual tercer momento se caracteriza por la creación y diversificación institucional: nuevas carreras en distintas instituciones, publicaciones periódicas, colecciones de libros, grupos de investigación, congresos sistemáticos. Además, asiste a una multiplicación de ofertas formativas que muestran el interés por delimitar especializaciones y ocupaciones de lo que hasta hace poco tiempo se denominaba de manera general como ciencia política. Así, a diferencia del momento anterior que podría compararse con un “desierto” transformado con innovación, con el esfuerzo por traducir modelos internacionales y experiencias tomadas en otros contextos a las posibilidades locales, el estado presente es el de rutinización de labores, y el de una producción más apegada a la elaboración pautada de carrera. Sin embargo, quienes la practican parecen estar menos atraídos por comprometerse o involucrarse con las preguntas disparadas por la política como lucha por los sentidos de construcción del orden democrático, tal como sucedió en el cruce de las décadas de 1970 y 1980.

Resistiéndonos a las definiciones estandarizadas y restrictivas, aquí se considera que la ciencia política producida en Argentina puede definirse como la historia de sus variadas institucionalizaciones, las batallas argumentativas entabladas en el tiempo a fin de establecer sus objetos de estudio y metodologías de abordaje. Considerada de manera local, esto le ha dado a la disciplina definiciones “epocales” más que universales, ritmos impresos por las particularidades nacionales, y la característica de que al menos desde mediados del siglo XX sus rasgos no se han apartado, pero tampoco ensamblado inevitablemente, con registros politológicos o de ciencias sociales realizadas en otros contextos geográficos y argumentativos.

Las ciencias políticas, el derecho público y los discursos jurídicos

En las primeras décadas del siglo XX existen discursos, proposición de objetos de estudio e instituciones universitarias en donde se desarro-

lla lo que se nombra como *ciencias políticas*. Pero tal como lo designa su denominación en plural, la encontramos temáticamente poco diferenciada de una *ciencia social* en la que coinciden el derecho, la economía, la sociología, la historia, la educación y la administración.⁵ Entre estos materiales, el derecho (público, político, internacional público y/o de gentes) le da una particular identidad a las ciencias políticas. Última cualidad que se modificará a mediados del siglo XX, cuando las ciencias sociales comiencen a mirar hacia Estados Unidos, lo que implicará un cambio de perspectiva.

El acompañamiento sostenido del derecho público, y la denominación ciencias políticas, no son características particularmente locales. Por ejemplo, el uso del plural se puede encontrar en España, en donde desde mediados de siglo XIX está institucionalizada en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.⁶ También en el viejo continente se halla un lazo entre las ciencias políticas y el derecho. Por un lado, ellas se enseñan desde las cátedras y/o facultades de derecho. Por el otro, en una primera acepción, su sentido está ligado al derecho romano en el cual el derecho público concierne al estado de la república o de la cosa pública y por la cual, el *jus civile* (el derecho político y/o civil) se remonta a aquello que regula los asuntos comunes al interior de la ciudad. En una segunda acepción, puede decirse que la emergencia de la sociología en la bisagra de los siglos XIX y XX provoca un desplazamiento. A partir de aquí, el derecho público se apega a la descripción de los mecanismos legales, normativos y constitucionales de la organización del Estado. Miradas desde la emergente sociología y desde el derecho positivo, las ciencias políticas se entienden más como “arte de aplicación” que como reflexión sobre “los asuntos comunes de la ciudad”.

Localmente, encontramos tempranas definiciones como “materia de observación científica de los hechos sociales” y como “ciencia de acción”.⁷ En el orden de la designación de objetos de estudio, aparecen

⁵ Consultar RACP, núm. 1, 1910 y el índice metódico de los ts. V a VIII. RACP, t. VIII, 1914.

⁶ En Francia también se la encuentra en plural, y en la tradición británica denominada *estudios políticos*. Como en España, en Argentina existe la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas.

⁷ Rivarola, Rodolfo: “Propósito de esta publicación”. RACP, núm. 1, 1910.

el examen normativo de la Constitución nacional y de las provinciales, debates sobre las instituciones de la representación política referidos a reformar y/o ampliar el entramado existente, y el Estado.⁸ En relación con sus institucionalizaciones, la hallamos desde 1910 en la RACP, y desde 1919 en la Universidad Nacional del Litoral (UNL) con sede en Rosario. Este es un importante laboratorio de observación, tanto por marcar su temprana institucionalización en la universidad pública, como por el estrecho camino que sus licenciaturas y doctorados recorren junto al derecho público e internacional público y/o de gentes (Lesgart y Ramos, 2002). Efectivamente, en la Facultad de Ciencias Económicas, Comerciales y Políticas, se crean en 1923 las licenciaturas en Servicio Consular con existencia hasta 1954, y la de Servicio Diplomático disuelta en 1929. Asimismo, son creados dos doctorados en 1927 y reformados en 1954, uno en Ciencias Políticas y otro en Diplomacia. Desde el momento de su creación hasta 1968, tanto la licenciatura en Servicio Consular como los doctorados en Ciencias Políticas y en Diplomacia, muestran contenidos curriculares predominantemente jurídicos.⁹ Asimismo, si se observa la creación que en 1936 se hizo de dos institutos que funcionaban como prolongación de las cátedras que le daban eje a las carreras, se puede observar cómo en 1968 ambos son reconvertidos: el de Derecho Público en el de Ciencia Política, y el de Derecho de Gentes en el de Relaciones Internacionales. El periodo comprendido entre 1968 y 1972 es fundamental. En 1968 se crea la primera Escuela Superior de Ciencia Política y Diplomacia, se modifica el plan de estudios, y las carreras rosarinas dedicadas al estudio universitario de la política cambian de facultad, pasando a formar parte de la nueva Facultad de Derecho en la recientemente creada Universidad Nacional de Rosario. En este nuevo contexto institucional, ellas promueven una pugna por adquirir un rango admi-

⁸ “(...) conservación, función y progreso del Estado y de la utilidad que de él se derive a favor de los individuos”. RACP, núm. 1, 1910. Consultar el análisis de Adolfo Posada sobre la idea moderna de Estado.

⁹ La formación era de 3 años la licenciatura y de 2 el doctorado. El plan de estudios de la licenciatura tenía 8 de las 16 materias que se dictaban, asociadas al derecho (Derecho Civil I y II, Internacional Público, Comercial, Administrativo, Internacional Privado, Marítimo y Comercial y Régimen Constitucional). En cambio, en los doctorados se afianzaba una formación ligada a la economía.

nistrativo diferente al que se le ha dado, que al mismo tiempo revela una lucha por construir una identidad temática distinta a la del derecho. Hasta 1973 las licenciaturas en Ciencia Política y Relaciones Internacionales se encuadran en la Escuela Superior de Ciencia Política y Diplomacia, que en ese año se transforma en facultad y mantiene hasta 1989 distintas iniciativas de reforma de planes de estudio. Y la dificultad de obtener un edificio propio e independiente del de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, que finalmente se obtuvo.¹⁰

Como vemos, pasada la segunda mitad del siglo XX, la ciencia política, nombrada ahora de manera alternativa en plural y en singular, sigue asociada al derecho institucional y temáticamente y, como dijimos más arriba, seguirá disputando esta identificación incluso en la década de 1980 y en el momento de su constitución como carrera en la Universidad de Buenos Aires (UBA). En primer lugar, esto puede mirarse cuando en 1957 se crea la Asociación Argentina de Ciencia Política, asociada a la IPSA en 1961. Su presidente, que al mismo tiempo lo es de la Asociación Latinoamericana de Ciencia Política, es el abogado Segundo Linares Quintana, director del Instituto de Derecho Constitucional y Político de la Facultad de Derecho de la UBA, profesor de Derecho Constitucional en la Universidad de La Plata y primer decano de la carrera de Ciencias Políticas, Jurídicas y Económicas de la Universidad del Museo Social Argentino. Mirado desde el punto de vista del derecho, la figura de Segundo Linares Quintana contribuye a mostrar que hacia mediados de siglo se cuestiona un trabajo centrado en el texto constitucional. Este proceso culmina en la renovación del derecho constitucional que, a partir de aquí, abarcó el examen normativo de la Constitución y el estudio de las instituciones políticas, estuvieran o no incorporadas al texto. Pero la introducción de la dimensión institucional no redundó en una mayor relevancia para la ciencia política. Todo lo contrario, Linares Quintana tuvo la intención de inte-

¹⁰ La reforma de los planes de estudio fue discutida y/o realizada en distintos climas de época. Vale resaltar que el derecho actuó, al menos hasta las reformas promovidas por los estudiantes en los primeros años de la década de 1970 y las producidas durante los regímenes militares, como un importante problema de fondo en Rosario. Después de 1983, y con el clima de época producido por las llamadas transiciones a la democracia, la discusión tomó otras aristas.

grar ciencia política y derecho constitucional hasta formar una disciplina en la que el segundo resultara la ciencia política fundamental. En segundo lugar, a mediados de la década de 1980 se pueden observar las discusiones generadas en torno a la creación de una carrera de Ciencias Políticas –rápidamente modificada por el singular– en la UBA (Kandel, 2002), preocupadas por la independencia institucional y la autonomía temática respecto al derecho. Desde el momento en que el rector normalizador Francisco Delich la promovió, señaló la necesidad de inscribirla como una ciencia social alejada de las facultades de abogacía. Esto se evidenció primero en la cuidadosa conformación de la comisión encargada de hacer recomendaciones para elaborarla. En ella se incluyeron diversos intelectuales con especializaciones en distintas disciplinas, que han transitado un camino académico en el que pudieron observar la existencia de la ciencia política como un campo especializado de conocimientos en otras geografías, y algunos de los cuales han desempeñado experiencias (laborales, investigativas, docentes, directivas), en instituciones regionales dedicadas a las ciencias sociales o a la ciencia política. En ella cobran importancia politólogos de ocupación y/o formación como su presidente, Carlos Strasser, o el primer director de la carrera, Edgardo Catteberg.¹¹ En seguida, esto se afirmó en los motivos esgrimidos para formarla, buscados en la creciente centralidad adquirida por la dimensión política en la década de 1980 y en las tareas requeridas para el afianzamiento de la democracia: asociar el saber del político al asesoramiento del politólogo, formar ciudadanos conscientes y una opinión pública ilustrada, así como pensar el fortalecimiento de instituciones para el régimen político. Esto se explicitó, por último, en el proyecto de localizarla física y administrativamente en un lugar diferente al ocupado por la Facultad de Derecho. Remarcando su pertenencia a las modernas ciencias sociales, sobresalió la idea de crear una unidad académica que contuviera un universo de carreras nuevas: la Facultad de Ciencias Sociales.

En definitiva, a diferencia de aquello que se ha hecho en otros contextos argumentativos en los que todo el pasado se tilda como “pre-

¹¹ En la comisión se incluyeron sociólogos, historiadores, especialistas en derecho político y/o constitucional y politólogos.

historia”, tanto en las tempranas carreras de Rosario como en la más tardía licenciatura de la UBA, las vicisitudes edilicias y las discusiones sobre su pertenencia administrativa muestran uno de los recorridos locales que la ciencia política tuvo que recorrer para lograr su reconocimiento como campo específico del derecho. Las huellas dejadas por los intentos de ser autónoma en cuanto al discurso jurídico y de la práctica de los abogados no sólo la provee como la primera carrera universitaria del país afincada en Rosario. Las querellas que se libraron con el derecho (político, público, constitucional), incluso se evidenciaron hacia mediados de la década de 1980, cuando se decidió crear la carrera en la Universidad de Buenos Aires. Ambas son parte constitutiva de la disciplina en el nivel nacional.

Ciencia política: innovaciones internacionales y “traducciones” locales

Hacia finales de la década de 1940, y bajo patrocinio de la UNESCO, se producen dos sucesos trascendentes en la configuración internacional de la ciencia política como disciplina autónoma y renovada respecto al pasado. El primero surge de una reunión realizada en la ciudad de París en 1948 y por el cual se organiza una lista-tipo que se constituye en un intento por universalizar y especificar los temas de abordaje disciplinarios, mostrando un campo de estudios que se reconoce en proceso de independencia. La delimitación se hizo contemplando cuatro ejes y sus subtemas: 1. Teoría política (teoría política e historia de las ideas); 2. Instituciones políticas (Constitución, gobierno central, gobierno regional y local, administración pública, funciones económicas y sociales del gobierno, instituciones políticas comparadas); 3. Partidos políticos, grupos y opinión pública (partidos políticos, grupos y asociaciones, participación ciudadana en el gobierno y en la administración, opinión pública), y 4. Relaciones internacionales (política internacional, organización internacional y derecho internacional). Así, los temas propuestos por la lista-tipo sirvieron como criterio frente a la posible dispersión de la ciencia política, aunque ellos continuaron estando asociados a otras disciplinas y profesiones que se ocupaban

de hacer ciencias políticas. El segundo suceso es la fundación de IPSA en 1949. La constitución de una asociación que en su origen se nutrió de miembros nacionales colectivos –las asociaciones–, e inmediatamente después admitió adherentes individuales, muestra la necesidad de reconocer y fortalecer lo que ya se considera una profesión.

Además, y sobre todo en Europa, entre 1945 y 1955 el derecho público y/o constitucional se transforma en ciencia complementaria de los estudios políticos, y comienza el camino que conduce desde los esquemas dogmáticos provistos por el derecho al énfasis en lo político.¹² Justamente, es sobre lo que va a llamar la atención la sociología política, que señala la existencia de procesos no coincidentes con las instituciones y reglas formales, y la existencia de actores cuyos comportamientos no suelen corresponderse con los mecanismos prescritos por las normas y constituciones. Así, el punto más alto de tensión entre el derecho y el ascendente campo de la sociología en relación con los estudios políticos se produce en Europa en los 10 años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Es justamente en todo este clima que en Estados Unidos, en donde la ciencia política en singular había tenido un temprano desarrollo,¹³ se produce la reacción contra las viejas formas de hacerla. Y es este el momento en que empieza su otro derrotero en Argentina.

Temas novedosos de la ciencia política producida en Argentina

Comparado con el proceso internacional arriba descrito, con el itinerario que en forma local recorre junto al derecho, y con el despegue de la sociología “científica” (Sigal, 1991; Terán, 1991; Neiburg, 1998), desde mediados de siglo la ciencia política practicada en Argentina adquiere la cualidad de saber diferenciado de manera relativa más tardiamen-

¹² Un caso sirve para retratar este tránsito: en 1945 aparece el libro de Maurice Duverger, *Curso de derecho constitucional*, que en 1948 publica como *Manual de derecho constitucional y ciencia política*. En 1959 el autor publica *Métodos de la ciencia política*.

¹³ Desde la segunda mitad del siglo XIX es entendida como *the divine science of politics*, ofreciendo un marco conceptual para discutir los ideales nacionales y reformar instituciones. Hacia finales del siglo XIX, las fuerzas de la modernización

te. Aunque los primeros resultados observables en una serie de publicaciones se encuentran en los primeros años de la década de 1970, es el golpe de estado de 1966 el que la dota de materiales para un tema de reflexión particular que se sostiene en el tiempo. Las rupturas institucionales y el cambio político le proveen a la ciencia política una cualidad distintiva en relación con otras ciencias sociales.

En el nivel local, es la modernizada sociología la que despierta el interés sobre lo que el registro jurídico ya no aporta: el problema del cambio, los actores y los procesos. Sin embargo, allí donde la sociología “científica” –practicada desde el Instituto de Sociología de la UBA– inicia su avance arrollador adaptando el vocabulario de las teorizaciones de la modernización a las peculiaridades nacionales y ocupándose de los problemas derivados del cambio modernizador, casi una década después la ciencia política emerge como moderna disciplina con la preocupación por el cambio de régimen político. Sin dudas, hay un primer repertorio de temas sociológicos dedicados al análisis del progreso controlado con los que la incipiente ciencia política local se aprovisiona. Pero mientras los sociólogos analizan los problemas sociales originados del proceso de desarrollo (p. ej. transformaciones por la industrialización, cambios demográficos y movilidad de la población, migraciones, urbanización), el matiz impreso por los primeros intelectuales interesados en las cuestiones políticas se relaciona con las dificultades que el cambio modernizador le imprime a la representación. La clave de observación es el sindicalismo, la relación de los sindicatos con Perón y con el peronismo, temas mirados desde una óptica que acentúa la representación de los intereses que escapa de los cánones de las instituciones de la democracia liberal.

Estos materiales no son exclusivos de la sociología practicada localmente, como tampoco es nacional la particular manera en que algunos de sus temas se transforman en terreno de las ascendentes

y centralización del Estado le dieron su identidad como *government*. Así, la ciencia política (*political science*, en singular) había adquirido el doble sentido de ciencia de la política y para la política. Su institucionalización universitaria se produce hacia 1857, cuando Francis Lieber es nombrado primer profesor de Historia y Ciencia Política en Columbia, y cuando en 1880 se crea la escuela de ciencia política en esa universidad. En 1903 se funda la American Political Science Association (APSA).

reflexiones politológicas. En el nivel internacional, y subrayando el cambio de mirada geográfica desde Europa hacia Estados Unidos, las teorizaciones sobre el desarrollo político y la reacomodación del campo de los estudios comparados, le proveen a la ciencia política local insumos teóricos y empíricos que se proyectan en la emergencia de este objeto de estudio. Entre finales de las décadas de 1950 y 1960, el heterogéneo campo de los estudios sobre el desarrollo político fue desplegado desde Estados Unidos con el fin de interpretar la reconstrucción de gobiernos y economías de los países europeos posteriores a la Segunda Guerra Mundial, estudiar la explosión modernizadora en los países del Tercer Mundo, promover un alejamiento de los estudios centrados en lo formal-legal y desacentuar el énfasis ideológico del análisis político sobre Europa y el Tercer Mundo.¹⁴ De esta manera, en ese país se despertó un especial interés por América Latina como área de estudios y como laboratorio de observación de las políticas modernizadoras. Y esto jugó un importante papel en el análisis de las formas de representación de los intereses y en el estudio de los llamados grupos de interés y/o de presión en distintos países de América Latina (la Iglesia católica, los partidos políticos, el rol de los militares), de los que surgieron materiales para la reflexión sobre el papel de los militares y/o las fuerzas armadas como institución.

Los distintos debates nacionales e internacionales disparados por la sociología en torno a la modernización y al desarrollo son tomados por la incipiente ciencia política local con sus particulares modulaciones. Y algunos de ellos construyen una mirada sobre el cambio político que para la Argentina significará un desafío a las hipótesis construidas por la sociología practicada por Gino Germani. Efectivamente, allí donde al interior de la sociología se había especulado que el desarrollo económico seguido por una alta modernización social podía generar mayores niveles de democracia política, desde el interior de la ciencia política emerge una hipótesis que dudaba de la correspondencia entre modernización social, desarrollo económico y estabilidad democrática de un régimen político. La observación realizada por dis-

¹⁴ Por supuesto que en nuestro país sólo se conocerán algunas de las publicaciones realizadas por la editorial Paidós y originadas en estos proyectos de investigación, principalmente financiados por el Social Science Research Council y la IPSA.

tintos estudiosos estadounidenses de que en los países del Tercer Mundo los procesos de modernización y desarrollo no llevaban necesariamente al triunfo del capitalismo y a la estabilidad democrática, será particularizada por Guillermo O'Donnell para el Cono Sur de América Latina con lo que llamó “ecuación pesimista”.¹⁵

La observación de los problemas que conducen a las rupturas político-institucionales –y/o que derivan de ellas–, marcan una innovación en relación con el derecho y la sociología. Ésta le proveyó los procesos y los actores ausentes en “el deber ser” constitucional, y un repertorio de discusiones de cuyas distintas dimensiones de análisis (histórica, social, económica, política) la ciencia política local empezó a especificarse, sospechando de la correspondencia lineal entre el crecimiento económico, social, cultural, en el nivel régimen político y en la articulación entre Estado y sociedad.

Localmente, una primera muestra puede hallarse en la investigación de los problemas y causas que provocan un régimen político autoritario caracterizado como burocrático, producto de la investigación doctoral desarrollada por Guillermo O'Donnell en Estados Unidos y publicada por la editorial Paidós en 1972 bajo el título *Modernización y autoritarismo*. Asimismo, otra modulación puede descubrirse en la compilación de notas editoriales publicadas originalmente en la *Revista Criterio*, realizada por Natalio Botana, Carlos Floria y Rafael Braun y titulada *El régimen militar 1966-1973*, publicada en 1973 por ediciones La Bastilla.¹⁶

La sospecha es que primero “el onганиato”, y posteriormente la observación analítica de los regímenes militares que lo sucedieron, con especial énfasis en la última dictadura militar. Permitió que la ciencia política argentina encontrara un rasgo temático distintivo, que inaugurado en los tempranos años de la década de 1970, se prolongó y

¹⁵ Esta fue una de las varias críticas surgidas desde la ciencia política a las teorizaciones de la modernización, y que en Estados Unidos pueden leerse en La Palombara, Rustow, Huntington y Dahl. Hubo otras que las tildaron de etnocéntricas, las que las vieron apegadas al orden y a la estabilidad, y las que como en el caso de F. H. Cardoso, E. Faletto o A. Gunder Frank, dan lugar al desarrollo de las teorizaciones de la dependencia.

¹⁶ El libro de Guillermo O'Donnell fue escrito como tesis doctoral dirigida por David Apter en el Departamento de Ciencia Política de la Universidad de Yale

profundizó durante toda la década siguiente; preocupación teórica y política que desde algunos registros fue acompañada por el estudio de las posibles perspectivas democráticas.

Los dos trabajos arriba citados son ciertamente heterogéneos: en las intenciones que los provocaron, en los puntos de vista que poseen sobre el régimen del que tratan, en los motivos por los cuales fueron producidos y en la semblanza de los intelectuales involucrados. Sin embargo, en ambos casos se ha perfilado un interés por pensar, narrar y/o explicar una ruptura producida en el nivel político –régimen o Estado– motivado en la emergencia del golpe de estado del llamado “onganiato”. Y al mismo tiempo que estos trabajos dan cuenta de la emergencia de un objeto de reflexión que se sostendrá en el tiempo, dándole identidad a la ciencia política producida en Argentina, marcan algunos rasgos que ésta mantendrá en su florecimiento en la década que se está iniciando. En principio, es producida por quienes no se han formado en las pocas carreras existentes en el país, que realizan alguna experiencia académica y de especialización fuera de las fronteras geográficas nacionales en donde experimentan la existencia de campos especializados en ciencias sociales, particularmente en ciencia política. Estas experiencias son fundamentales en la constitución de lo que podría considerarse una nueva generación de intelectuales, que fuera de las fronteras leen otros autores, se proveen de temáticas novedosas y generan contactos con quienes hacen de la ciencia política una profesión. Entre finales de la década de 1960 y principios de la de 1970, algunos coinciden en las escasas instituciones en donde la ciencia política se afina en Buenos Aires (p. ej. Universidad del Salvador), aunque algunas inclusiones comienzan a marcar las primeras diferencias (p. ej. en Instituto Di Tella la diferencial inserción en el CIS, CIF o en el CIAP¹⁷). Por seguir, se afinan en la

entre 1968 y 1971. Es publicado en Argentina con adscripción institucional en la Escuela de Ciencia Política de la Universidad del Salvador y CIAP (Di Tella) en 1972, y en Estados Unidos un año después. El libro compilado por Floria, Botana y Braun, está constituido por las notas editoriales de la revista *Criterio*, encuadrable en el catolicismo laico argentino.

¹⁷ En 1966, con la intervención de la universidad pública, el CIAP fue albergado por el Instituto Di Tella y dirigido por Enrique Hardoy. Este centro incluyó a jóvenes

emergente red instituciones no estatales y/o fuera de la universidad pública. Ellas, las que se originan de los desprendimientos de éstas (CISEA y CEDES en 1975), y las que se formaron en el clima de complejización del Estado y/o a propósito de la difusión regional de la idea desarrollista, serán protagonistas del afincamiento de la ciencia política, y del tema de investigación en el que nos hemos detenido en estas páginas a mediados de la década de 1970.

Resumiendo, respecto a lo nuevo que puede asirse en el clima que sienta en las ciencias sociales nacionales la modernizada sociología, la naciente ciencia política no lleva a cabo una discusión fuerte sobre el carácter metodológico que la consagre, fundando un particular punto de vista científico, cuestión que también la diferencia de lo que ocurre con la llamada “revolución behaviorista” en Estados Unidos. Sin embargo, de la sociología absorbe los primeros materiales teóricos, y progresivamente las “oportunidades de carrera” que se abren fuera y dentro de las fronteras nacionales (creación de CONICET en 1957, becas externas, estancias de investigación en Estados Unidos o Europa). Con ella, se da un primer intercambio de discusiones y de traspasos intelectuales, quedando preparado un tipo de intelectual-especialista que se alejará definitivamente de la figura del “docto” que los abogados le imprimieron a la primera parte del siglo XX, y que la ciencia política no copiará, pero de la que sacará provecho.¹⁸

que empezaban a desarrollar sus carreras, muchos de los cuales fundarían o se incluirían desde 1975/1976 en espacios importantísimos para el desarrollo de la ciencia política y/o de la administración pública, como fueron CEDES y CISEA. Entre otros, Guillermo O'Donnell, Marcelo Cavarozzi, Oscar Ozslak, Horacio Boneo, Jorge Roulet, Dante Caputo. A diferencia de éste, el Centro de Investigaciones Sociales fue fundado en 1966 por Gino Germani como centro de sociología comparada. Sus diferencias invitan a pensar cómo se van delineando campos y “tradiciones”. La ciencia política, la administración pública, y los enfoques teórico-políticos preocupados por las ideas y la historia de las instituciones y por desarrollar una línea histórica o jurídica.

¹⁸ Nace un tipo de intelectual-especialista, que se aleja de la figura del “docto” que circula entre la esfera política y la cultural, en la que importa la demostración de elocuencia en los debates públicos, y en la que el saber puede ser un sinónimo de *distinción*. Esta moderna figura de intelectual debe pensarse en un contexto de modernización y creación de oficinas al interior del Estado nacional (CFI, CONADE) y de complejización de organizaciones regionales cuyo ámbito de incidencia excede

De la memoria a la esperanza: especificidades de la ciencia y la teoría política en Argentina

El último golpe militar en Argentina es una bisagra en la historia nacional, y tanto éste como los del Cono Sur de América Latina, pueden ser tomados en el curso del tiempo rápido como temporalidades válidas para pensar la relación entre la ruptura de un régimen político y la reorganización de las ciencias sociales por fuera del sistema oficial-estatal establecido y administrado por cada una de las dictaduras militares aparecidas en la región. En nuestro país, este proceso se hizo dentro de un contexto de fuerte lucha política, de desmantelamiento de instituciones y modalidades organizativas anteriores. Y en cuanto al tema que nos convoca, se realizó mediante la intervención definitiva a las universidades públicas, la expulsión administrativa, el cese de contrataciones, el exilio forzado –interno y externo–, y la migración de académicos e intelectuales de larga trayectoria, o más jóvenes, y que estaban dando sus primeros pasos en una profesión. Así, el trabajo de aquellos científicos sociales que lograron sobrevivir y mantener un espacio más o menos público de circulación, pero que desaprobaban o discrepaban con la dictadura, se desplazó hacia espacios que se construyeron por fuera de las instituciones estatales y dentro del territorio nacional, y muchas veces tuvieron que tejer redes de relaciones y de financiamientos con el exterior para poder continuar con su trabajo. En algunos casos, este proceso coincidió y se maceró con aquellos espacios que argentinos, u otros emigrados o exiliados por razones políticas, construyeron y revivificaron a propósito de la clausura y restricción de las estructuras de oportunidades públicas y estatales –y hasta informales– de sus propios países de origen. De esta manera puede afirmarse que para hablar del despliegue de la ciencia política nacional, es necesario referirse a procesos políticos y teóricos que ocurren –al mismo tiempo en el país, en la región e internacionalmente–, a aca-

las fronteras del Estado-nación (CEPAL, Flacso, CLACSO). Si hasta mediados de siglo son médicos y abogados los que poseen credenciales para hablar de las cuestiones sociales y para involucrarse en las tareas del Estado, desde mediados de siglo sociólogos, ingenieros y economistas comenzarán a ocupar cada vez más espacios estatales.

démicos que a título personal o institucional forjan vínculos que traspasan fronteras a través de un intenso intercambio (de ideas, de relaciones, de financiamientos), y a instituciones regionales y proyectos cuya radicación geográfica no es del todo precisa.

Itinerarios internacionales: la ciencia política y la política comparada

Así, no es una paradoja señalar que la Ciencia Política se desplegó temática e institucionalmente, y con una firmeza hasta acá desconocida, justamente en el momento en que se instalaba la dictadura militar más sangrienta de la historia nacional, y en donde los golpes militares azotaban de manera coordinada y represiva a todos los países del Cono Sur.

Efectivamente, fue una historia externa ligada al quiebre del orden político la que posibilitó el desenvolvimiento de su historia interna como disciplina autónoma. Aunque esto pueda decirse remarcando que en esta época la labor en las ciencias sociales está más ligada al desarrollo de proyectos, líneas y/o programas de investigación, que a la promoción de disciplinas (como regionalmente lo muestra CLACSO). Y como se adelantó más atrás, lo hizo *convirtiendo a los golpes de Estado*, y a los debates en torno a cómo conceptualizarlos (p. ej. como “nuevos autoritarismos y sus adjetivos, como tipo de Estado o de régimen político”, como Estado burocrático-autoritario, Estado fascista) en un objeto de investigación ligado al tipo de cambio político posible y/o deseado. En este caso, bien vale apuntar que el análisis de la situación nacional surgida en 1976 fue clave para la politología producida por argentinos y/o en Argentina, pero que éste se hizo en comparación con otras situaciones. Primero, con las rupturas recurrentes del régimen constitucional y la frecuente irrupción de las fuerzas armadas en la vida política nacional. Segundo, con la emergencia más o menos inmediata de regímenes militares y/o autoritarios en otros países de la región (Brasil, Chile, Uruguay, Perú). Tercero, con la constatación de que el Cono Sur no era un caso aislado, y que podía parangonarse con el quiebre de regímenes políticos de otras geografías. En este caso,

los países de Europa mediterránea como España, Grecia y Portugal, cobraron un especial protagonismo de contraste histórico, teórico y empírico, ya que en ese momento se avizoraba su descomposición. Y comenzaban a realizar lo que para la ciencia política y la sociología comparada del cruce de las décadas de 1970 y 1980 se constituyó en un término y una experiencia clave: las transiciones. Es decir, un cambio pautado y paulatino desde gobiernos autoritarios hacia un tipo de régimen político deseadamente democrático, que aquí resultó evaluado desde las instituciones de la poliarquía teorizadas por Robert Dahl.

A partir de lo dicho, hay una serie de cuestiones desde las cuales la ciencia política cobra sentido en este florecimiento. La primera es que ella se renueva con un interés por observar a los gobiernos militares desde una mirada que enfatizaba al Estado o al régimen político, tema que al mismo tiempo queda asociado a las perspectivas posibles o deseadas de salida de los mismos. Efectivamente, las transiciones a la democracia van a ser parte indisoluble de los análisis ordenados en el cambio de régimen político (después lo iban a ser las llamadas consolidaciones). La segunda es que para realizar este análisis, ella encuentra un creciente incentivo en la comparación entre distintos casos de diversas regiones geográficas. Esta cuestión, que en la época es parte de la reacomodación que desde finales de la década de 1960 se realiza en Estados Unidos en torno a la política comparada, enriquece el campo de experiencias teóricas y políticas. Brinda la posibilidad de considerar que las situaciones políticas vividas no son excepcionales para los distintos casos nacionales, y permite que la disciplina utilice un vocabulario crecientemente compartido, aunque al costo de unificar de forma conceptual experiencias políticas no del todo similares. Esto puede apreciarse en el proyecto de investigación del Woodrow Wilson International Center for Scholars titulado “Los periodos de transición posteriores a los gobiernos autoritarios: perspectivas para la democracia en América Latina y Europa meridional”, que incorpora a algunos de los politólogos del Centro de Estudios sobre el Estado y la Sociedad (CEDES) y a una red de académicos de otras geografías. Uno de sus principales promotores es Guillermo O’Donnell, quien junto a Fernando Henrique Cardoso convocan a latinoamericanos, europeos y

estadounidenses interesados en América Latina y en Europa meridional. Entre los primeros, interesa remarcar la presencia de Marcelo Cavarozzi, Manuel Antonio Garretón, Luciano Martins y Julio Cotler. El programa latinoamericano del centro se creó en 1977 y en 1979 comienzan las investigaciones que son publicadas en inglés en 1986, y en 1989 en español bajo el nombre de *Transiciones desde un gobierno autoritario*. El objetivo del proyecto de investigación es comparar diferentes áreas geográficas en las cuales se han observado situaciones autoritarias, militarizadas o no, algunas de las cuales están o estuvieron sometidas a una situación burocrático-autoritaria. Aquí la transición se transforma en una fórmula para pensar el cambio político, y ese trayecto define su arribo con un objetivo deseado: la democracia política entendida como sinónimo de *poliarquía*.

Lo cierto es que de este lado encontramos un creciente proceso de especialización de la ciencia política, y una labor académica esforzada por diferenciar la producción de un saber organizado por criterios disciplinarios, de las apuestas ideológico-políticas, lo que puede apreciarse en la compilación realizada por O'Donnell, Schmitter y Whitehead. Estos tomos, junto con otros libros producto de investigaciones realizadas por los intelectuales que más sistemáticamente abordaron el problema de los golpes de Estado y las transiciones a la democracia desde la ciencia política y/o desde la política comparada, muestran los debates que al interior de la disciplina se mantenían en ese momento con el objetivo de encontrar nudos analíticos dadores de sentido a los estudios en marcha. Dicho *grosso modo*, si debían emplear la categoría Estado o régimen político, si la democracia debía abordarse desde una dimensión política, social, y/o económica. Todo este proceso culmina en una revalorización de la dimensión política y en el acento sobre el régimen político, cuestión que producirá el abandono del Estado hasta por lo menos el nuevo milenio.

Dos lugares son importantes para mirar el despliegue de la ciencia política a nivel nacional: uno es un organismo dedicado a la formación del posgrado, Flacso, y la otra es una institución consagrada a la investigación y a la formación de nuevas generaciones de politólogos, el CEDES. Por un lado, y a nivel nacional, es sin dudas el centro fundado en 1975 el lugar en donde observar el afincamiento de la ciencia polí-

tica y el de la administración pública durante los años de la dictadura por varios motivos.¹⁹ En primer lugar, porque con la clausura de oportunidades (de financiamiento y de afinamiento en instituciones públicas) operada en las ciencias sociales nacionales por la dictadura militar, el centro no se queda aislado o inmovilizado. Por el contrario, los intelectuales que lo lideran poseen una red de relaciones en el exterior que les permite circular por distintos países, por instituciones regionales o extranjeras, absorbiendo las diferentes discusiones y líneas de abordaje en ciencias sociales, y conseguir financiamientos para continuar con un trabajo ligado a proyectos y líneas de investigación. Asimismo, y como forma de remedar la imposibilidad y/o ausencia de fortalecimiento de una carrera de investigador, el centro construye una planta de investigadores (titulares, asociados, adjuntos, asistentes y contratados), en la que incorporan a nuevas generaciones de científicos sociales como becarios, y se promueven visitas e intercambios con investigadores jóvenes o formados de otros países. De esta manera, se puede observar el claro objetivo académico del CEDES, con sólidas redes mantenidas con el extranjero, y con una planta de investigadores titulares que dirigen distintas líneas de trabajo. En segundo lugar, porque allí se organizan dos áreas de trabajo, Análisis Político y Burocracia y Políticas Públicas²⁰ coordinadas por Guillermo O'Donnell y Oscar Ozslak, respectivamente, y replicadas como Grupos de discusión y trabajo de CLACSO. Por otro lado, el Programa de Maestría en

¹⁹ Fundado por Elizabeth Jelin, Guillermo O'Donnell, Marcelo Cavarozzi, Oscar Ozslak y Horacio Boneo.

²⁰ Análisis Político investiga los procesos de desintegración y transformación de los regímenes militares y la apertura democratizadora, el papel de los partidos políticos en la emergencia y la consolidación del régimen autoritario y otras organizaciones en democracia (los partidos y parlamento). Los temas se enriquecen con los aportes de Marcelo Cavarozzi y el arribo en 1982 de Liliana de Riz. Se incorporan análisis sobre la caracterización de lo político como autónomo, los modos de hacer política, las instituciones y organizaciones de la política, autoritarismo y democracia como rasgos estructurantes de la acción social. Burocracia y Políticas Públicas estudia el aparato administrativo y productivo del Estado, los procesos de formulación e implementación de políticas estatales, la formación, expansión y rol empresarial del Estado y los límites de su ámbito operativo, el papel de la burocracia en los procesos de dominación, la reforma y metamorfosis del Estado durante el régimen autoritario y con la democratización política.

Ciencias Sociales de la Flacso-Argentina dirigido por Carlos Strasser desde 1977, tuvo un papel especial en la formación de aquellos jóvenes que permanecieron en el país. Como CLACSO, fue fundada en 1957 por iniciativa de la UNESCO como una organización autónoma, regional e intergubernamental, que después del golpe de 1973 en Chile replantea y descentraliza su estructura organizativa abriendo una oficina en Buenos Aires. Si bien con el golpe de Estado en el país las tareas trazadas al principio debieron ser redefinidas, la institución organizó un programa de posgrado sumamente innovador frente a los viejos doctorados existentes en las universidades públicas antes de la dictadura, y que recogió la experiencia académica de jóvenes científicos sociales que desarrollaban su actividad en los centros de investigación del país.²¹

Entre México y Argentina: teoría y filosofía política

El régimen militar surgido en 1976, los genéricamente llamados autoritarismos (pasados y presentes), y la democracia, también le hicieron cobrar protagonismo a los interrogantes fuertes de la filosofía política. Pero su emergencia no se debió, como ocurrió con la ciencia política, a la composición de un programa explícito de desarrollo disciplinar que se distanciaba de la toma de posición ante temas políticos sensibles. En todo caso, ella adquirió vida a partir de una serie de preguntas autorreferenciales en lo teórico y en lo político vitales para un conjunto no homogéneo de intelectuales que principalmente se encontraban exiliados por razones políticas en México, y que provenían del diverso campo de la izquierda. Ellos producen agudas contiendas teóricas y

²¹ Flacso ha cumplido un papel fundamental en el desarrollo de las ciencias sociales regionales. Primero, desde Santiago de Chile, cuyo principal objetivo fue formar una primera generación de científicos sociales en la región a través de la Escuela de Sociología. Además, con la recepción que tuvieron los emigrados brasileños del '64, señal de la disposición por actuar como paraguas institucional regional, con un claro perfil latinoamericanista con el que se promueve el desarrollo autónomo de la región y la independencia de unas instituciones académicas frente al predominio que había cobrado la salida de jóvenes graduados a Estados Unidos y a Europa. Desde 1975 cobra gran protagonismo la sede mexicana.

políticas encaminadas a discutir temas muy controvertidos, lo que culmina componiendo una nueva mirada sobre la política, realizada esta vez en clave democrática no iliberal.

El golpe de Estado opera como una experiencia política y personal inmediata que permite someter a crítica las maneras en que hasta allí se habían entendido la política y el cambio. Esto se realiza teniendo como trasfondo el problema de *la derrota* de los proyectos socialistas que después de Cuba se habían organizado alrededor de la revolución como idea y práctica, y *del fracaso* de todas las experiencias partidarias dirigidas a la construcción del socialismo en el país. Derrota y fracaso que se que expresan en el golpe de Estado y en no haber arribado a la sociedad socialista imaginada hasta allí. Cuestiones que abren controversias sobre las estrategias y las tácticas puntuales sostenidas en el pretérito inmediato (la revolución, la lucha armada). Pero que va mucho más allá, dirigiéndose a desarmar las ideas-fuerza referenciadas en el socialismo y/o el marxismo como programa de acción política y de pensamiento en torno a la organización de la sociedad futura. En este sentido, ponen en debate tanto sus certezas ideológicas como políticas, trayecto en el que adquiere un lugar relevante la reconsideración de su reciente pasado de izquierda.

Todo este audaz proceso se manifestó en una multiplicidad de direcciones y con una riqueza teórica que excedería los objetivos de estas páginas, pero se señalarán aquellas que ayudan a enriquecer tanto el campo de la teoría y de la filosofía política, como el de las experiencias políticas que se inician con el primer gobierno constitucional. El primer gran tema se refiere a que someten todo el vocabulario marxista sostenido con anterioridad al golpe, y lo resemantizan a la luz de procesos teóricos y políticos que se discuten tanto en ese México en el que convergen diferentes exiliados, como en otras latitudes. De esta manera, tiene un papel fundamental la internalización de las experiencias y discusiones políticas de otros países latinoamericanos, en donde el golpe de Estado de Pinochet y la desestructuración violenta de la Unidad Popular recorre un trayecto que va más allá de América Latina. Asimismo, adquieren preeminencia los debates del y sobre el eurocomunismo latino, la experiencia de la Italia del gran compromiso histórico, y una nueva lectura de Antonio Gramsci que viaja entre

Europa y América Latina, y que encuentra en José Aricó y en Juan Carlos Portantiero importantes difusores. Efectivamente, Gramsci le permite a esta izquierda en proceso de renovación, revalorizar la dimensión política por sobre la determinación económica y social con las que hasta allí se había explicado la política. Además, ayuda a transformar tanto la mirada en torno a la inevitabilidad del cambio político revolucionario, como la visión instrumental en torno al Estado y a la política, ya que con él se empieza a analizar que la construcción de hegemonía supone la posibilidad de lograr transformaciones sucesivas dando batalla en el ámbito de la cultura. De este lado y con todas estas cuestiones como telón de fondo, la democracia adquiere vitalidad frente a los golpes militares, los exilios, las desapariciones, la tortura, como el reclamo de las garantías del Estado constitucional de derecho y el establecimiento de condiciones mínimas que impidan el ejercicio arbitrario del poder político. Es decir, un problema ligado a la tradición liberal. Asimismo, la democracia adquiere inteligibilidad como la posibilidad de encontrar otros frentes, distintos al Estado, para la construcción de una sociedad distinta. Es decir, la renovación del ideal socialista en donde éste es considerado una forma de profundizar la democracia. El segundo gran tema es que para renovarse estos intelectuales recurren a pensamientos y tradiciones teóricas propias del campo de la izquierda socialista y/o marxista, pero también ajenos e impensables como registros teórico-políticos una década atrás. Esta reapropiación no queda reservada a su propia trayectoria, sino que lo introducen en el país unos años más tarde. Por un lado, realizan un trabajo de reinterpretación de temas de la teoría y de la filosofía política a la luz de obras clásicas del contractualismo y del neocontractualismo en boga (desde Hobbes hasta Rawls). También realizan traducciones y/o análisis de obras casi desconocidas en el país al momento de los golpes (p. ej. José Aricó con Carl Schmitt, Juan Carlos Portantiero con Max Weber, Oscar Terán con Michel Foucault). Finalmente, y para pensar en la construcción de un futuro orden político y democrático, reestablecen el campo de preguntas abstracto de la filosofía política: los límites jurídicos al poder del Estado, el ejercicio de la soberanía centrado en el cómo más que en el quién la ejerce, el hombre como titular de derechos inalienables. Registros teóricos que fue-

ron usados de distintas maneras y para diferentes fines, pero que no estuvieron exentos de modelizar las transiciones a la democracia, de manera aseverativa (p. ej. Portantiero) o crítica (p. ej. José Nun). El tercer tema que ya ha sido insinuado, invita a pensar cómo esta izquierda se renueva construyendo varios frentes argumentativos. Teniendo presente aquellas que aún siguen tratando de manera dilemática democracia liberal y socialismo revolucionario. Mirando tanto las discusiones de otras izquierdas, resignificando a ciertas figuras de la II Internacional, o a pensadores socialistas y/o marxistas olvidados (p. ej. Mariátegui, Juan B. Justo). Esto ayuda a distinguirse de su propio pasado de izquierda y a constituirse en lo que en su momento un intelectual central en este proceso, Emilio de Ipola, llamó una “izquierda moderna” y no ortodoxa, que ajusta cuentas con su anterior ética de la convicción. Así, evaluando sus propias responsabilidades y observando las tradiciones europeas en emergencia, ahora se piensan desde una ética que quiere ser responsable frente a las opciones de gobierno. Este proceso será central para pensar en el futuro gobierno constitucional, ya que teniendo estas consideraciones en su nuevo repertorio y viendo en Raúl Alfonsín a un político que podía encarnar ciertas aspiraciones de la esperada política democrática, estos intelectuales establecen una nueva relación entre intelectuales y asuntos de gobierno, y entre el saber del académico y la política.

La política democrática y los saberes específicos

A partir de todo lo dicho, dos grandes cuestiones quedan insinuadas respecto a cómo, en la década de 1980 se constituyen la ciencia y la teoría política como campos académicos y universitarios, y en su relación con el mundo de la política. La primera es que como modulación politológica o teórico-política, ha emergido otro gran tema dador de sentido: la democracia. En rigor, la puesta en escena de la idea democrática en las ciencias sociales y en el Cono Sur de América Latina, se lleva a cabo en la conferencia que en 1978 organiza CLACSO en Costa Rica: “Las condiciones sociales de la democracia”. Este suceso quizás marque, simbólicamente y temáticamente, un antes y un después. En prin-

cipio, es el último acontecimiento público al que asiste Gino Germani. Y es la primera salida de índole académico-intelectual a la que asiste quien se constituiría en el próximo presidente de la Argentina, Raúl Alfonsín. Asimismo, y a partir de allí, la democracia impulsa nuevos rumbos teóricos que este organismo estimula a través de conferencias regionales, la publicación de la revista *Crítica y Utopía*, y otras compilaciones. El organismo dirigido por Francisco Delich, cuya Secretaría Ejecutiva está radicada en ese momento en Buenos Aires, promueve debates, fortalece actividades de intercambio académico (grupos de discusión, programas de formación de científicos jóvenes, bolsas de becas), y apoya a sus centros miembros, todo esto considerado a nivel regional. Así, en el cruce entre las décadas de 1970 y 1980, la democracia adquiere una multiplicidad de sentidos teóricos asociados con distintas tradiciones: la recuperación y encuentro con el núcleo liberal, las aspiraciones que remiten a la poliarquía o a la democracia parlamentaria, la construcción de una perspectiva socialista que la piensa como algo más que un método para la toma de decisiones. Como Transición a la democracia, contribuye a modelar otra manera de pensar el cambio político, registro que pronto disparará nuevas reflexiones en el campo de la política comparada a lo largo de una década: el de las *consolidaciones* y el estudio de las *instituciones de la democracia-liberal*. Temas que como vemos no fueron producto de la revolución conductista, sino del ánimo despertado por la recuperación del Estado de derecho y de la participación política continuada. Mientras que otros temas sensibles llenaron el campo de la ciencia y la teoría política: las tareas pendientes para la profundización de la democracia, la cultura política y la pervivencia de “residuos” autoritarios en distintos actores o instituciones, el corporativismo.

La democracia como gran idea dadora de sentido inundó y le dio sentido al ambiente académico y universitario, impulsando la reforma de currículas (p. ej. Facultad de Ciencia Política y RR.II en Rosario), coloreando los programas de estudios de distintas carreras, promoviendo proyectos de investigación y nuevas instituciones. Pero ella traspasó el ámbito restringido al mundo de intelectuales y académicos, modelando el clima de época de los primeros años posteriores a las elecciones fundacionales, perfilando el deber ser sobre las

instituciones, prescribiendo comportamientos de actores, e impulsando a intelectuales y académicos con diversas trayectorias a acompañar al gobierno de Alfonsín de múltiples maneras: escribiendo los discursos del presidente, asesorando al nuevo gobierno en temas clave, actuando como ministros, incorporándose en la administración pública. Esto da lugar al último gran tema de este apartado, referido al interés de intelectuales y académicos por involucrarse con el gobierno. Optimismo e innovación que se extendieron hasta finales del gobierno de Alfonsín, y que vistos retrospectivamente no se volvieron a ver en la ciencia, en la teoría política, ni entre politólogos y teóricos de la política en otros momentos. Por ejemplo, cuando alrededor del año 2001 la crisis de la representación política, que se avizoraba años antes, hubiese necesitado de grandes cuotas de responsabilidad y creatividad.

Una experiencia paradigmática en el acompañamiento intelectual del clima de época alfonsinista –que fue mucho más allá del restringido ambiente de la Unión Cívica Radical–, puede extraerse de los debates mantenidos en el Club de Cultura Socialista o en la publicación periódica *La Ciudad Futura*, cuyos antecedentes inmediatos pueden rastrearse en México en el Grupo de Discusión Socialista y en ciertos debates aparecidos en el periódico *Controversia*. En un sentido más fuerte, en la hechura de varios discursos presidenciales, entre los que sobresale el “Discurso de Parque Norte”, compuesto por Portantiero y de Ipola, y en la composición de ideas clave del presidente integrando –junto a otros intelectuales, especialistas y técnicos– una fundación que ha pasado a la memoria como Grupo Esmeralda. En CEDES, Marcelo Cavarozzi, un intelectual central en el análisis de los regímenes autoritarios y de las transiciones a la democracia, convoca a Hilda Sabato y posteriormente se integra Liliana de Riz, para organizar el llamado “Almuerzo con los políticos”, espacio que intentó promover discusiones e intercambios entre intelectuales y una camada de jóvenes políticos –de los campos menos ortodoxos de la UCR, el PJ y la izquierda. Finalmente, el Centro de Investigaciones sobre el Estado y la Administración (CISEA) se constituye en un espacio importante de observación. Como CEDES, había surgido entre 1975-1976 de los desprendimientos del CIAP, pero a diferencia del primero no desarrolla una línea

académica, de discusión teórico-política y de temas económicos.²² Hacia 1983 varios de ellos asisten apresuradamente a tareas de hombres de Estado, sirviendo desde distintos cargos visibles al gobierno surgido de elecciones abiertas y competitivas. Así, Jorge Sábato se convierte en ministro de Educación y después en viceministro de Relaciones Exteriores, y Dante Caputo en canciller del nuevo gobierno. En algunos de estos casos concretos, las urgencias de la política entran en colisión con los aprendizajes académicos y ella termina fagocitando a los intelectuales.

Pero en Argentina el traspaso del mundo académico e intelectual al de la política nunca culminaría en una intelectualización de la política. En cambio, y esto da paso al último y más actual momento, la ciencia y la teoría política se irían despojando de los ritmos que le diera esa historia externa que acabamos de narrar, y que hizo despegar a ambas a la luz de un momento caliente.

A modo de conclusiones: institucionalización, rutinización y actualización de temas

En comparación con el momento descrito, en la actualidad la ciencia y la teoría política están retraídas sobre sí mismas, más ligadas a su historia interna. Pasados los intensos avatares que la vieron florecer, culminado el joven impulso político y personal de los intelectuales que la lideraron ayer y que continúan haciéndolo hoy, en el presente ambas están vinculadas con la diferenciación universitaria de sus saberes y ofertas formativas, y con una producción apegada a patrones pautados de currículum. Asimismo, mirada desde la constante creación de instituciones universitarias registrada desde los albores de la década de

²² Integrado por J. Roulet, Dante Caputo, Jorgito Sábato, Jorge Schvarzer, José Moreno, E. Groissman, Osvaldo Guariglia, N. Lavergne (y el grupo PEHESA). Hay otros ejemplos, como el caso del Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES) que deja disponible a una cantidad de especialistas que principalmente habían participado del Programa de Estudios de Teoría Económica dirigido por Canitrot. Éstos empiezan a ocupar los cargos vacantes en el Ministerio de Planificación y en el de Economía. El caso más significativo es el de Juan Vital Sourrouille, quien durante mucho tiempo fuera el director del instituto y posteriormente, ministro de Economía.

1990 y que aún no ha cesado, y con la perspectiva del aumento constante de los jóvenes que se embarcan en su estudio universitario, pareciera que estamos frente a una disciplina que se ha puesto de moda pero que progresivamente se muestra menos inquieta por las innovaciones temáticas y/o metodológicas, y menos dispuesta a involucrarse en un problema sensible, el de la política como una lucha argumentativa y de sentido por la construcción, perfeccionamiento y/o transformación del orden político, rasgo que la acompañó en su florecimiento entre los años de 1960 y 1980. En este sentido, la ciencia política está en agonía debido a la ausencia de aquellos combates argumentativos que la hicieron emerger, aún en situaciones políticas muy adversas.

Como se tratará de argumentar en las páginas que siguen, desde la década de 1990 la disciplina hoy en Argentina es un ámbito explorado. Se ha diversificado institucionalmente en ámbitos públicos y privados, laicos y confesionales, en Buenos Aires y en diferentes provincias. Se han ampliado los perfiles de ocupación profesional: en la docencia, en la investigación, en la administración pública, en la esfera de la experticia. Proliferan las posibilidades de investigación, con la noticia que desde hace unos años se ha generalizado la financiación que parte de órganos estatales (p. ej. el CONICET, las universidades con el programa de incentivos). Se han sistematizado eventos (p. ej. los congresos de la SAAP, el de democracia en Rosario), hay publicaciones periódicas con alguna historia (p. ej. las revistas *Postdata*, *Estudios Sociales* o *Política y Gobierno*). También en las provincias se comienza a estandarizar la profesión, y desde ellas emergen proyectos innovadores y sostenidos en el tiempo (p. ej. la colección *Politeia* de la editorial Homo Sapiens en Rosario, la Maestría de Partidos Políticos del CEA en Córdoba, el Posdoctorado en Ciencias Sociales coordinado por Francisco Delich). Inclusive hay impulsos creativos formalizados en la universidad pública, que disparados por intelectuales de una más joven generación, no sienten temor por desafiar tendencias disciplinarias predominantes. Es el caso de la carrera en Estudios Políticos y de la especialización en Filosofía Política en la Universidad de General Sarmiento, en un momento que ganan terreno las carreras de administración pública, gobierno y desarrollo local. En to-

dos estos sentidos y en nuestro país, la ciencia y la teoría política están más vivas que nunca.

Diversificación institucional y actualización de temas

Con el debate que dieron los académicos e intelectuales en los centros de investigación sobre el retorno necesario en democracia a las universidades públicas, y con la proliferación de las instituciones universitarias en la década de 1990 predominantes en el conurbano bonaerense pero también en Capital Federal, se han disparado una serie de carreras públicas y privadas relativas a la disciplina que han cubierto el grado y el posgrado. Aunque es necesario resaltar que ellas están pensadas más desde campos de problemas y/o áreas de desarrollo profesional, y menos con el afán de promover disciplinas. Este proceso predomina en Buenos Aires, pero incluye posgrados, carreras y diplomas en distintas ciudades de provincia. Tras ellas, puede verse lo que constituye una disputa que se expresa de forma silenciosa sobre lo que hasta ahora llamamos ampliamente ciencia política. Esta parece constituirse en una querrela por diferenciar saberes específicos, perfiles profesionales, y ofertas formativas en un mercado que comienza a saturarse. Acompañada de un clima que excede el ambiente local, parecen distinguirse al menos cinco áreas que desafían la existencia de “una” ciencia política, o una idea general acerca de la misma.

Sin dudas, subsisten las carreras y especializaciones nombradas de manera amplia como ciencia política, denominación predominante hasta la década de 1990, y que incluye una mixtura de temas (instituciones formales, política comparada ligada al nivel subnacional, sociología política, teoría y/o filosofía política). Las relaciones internacionales en algunos casos han adoptado una calificación más amplia, estudios internacionales, que en el país dan pelea por su autonomía institucional y de objeto de estudio desde la temprana conformación en las carreras de Rosario, y entre la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría, a nivel internacional. Aunque se nota una leve mención en el interés por formar profesionales para el Servicio Exterior de la Nación, muchas de ellas prometen integrar nuevas miradas para sus

estudiantes. Al igual que las de ciencia política que van más allá del Estado y de la administración pública, éstas incluyen a las empresas privadas, a las organizaciones no gubernamentales o sin fines de lucro, en las que incluso se han abierto especializaciones (p. ej. General San Martín y Di Tella).²³ Ha aparecido la designación *Estudios Políticos*, que se hace cargo de una forma que fuera estructurante en el armado de la carrera rosarina más centrada en la teoría y filosofía política, y que es un tipo de trabajo sumamente realizado en el país pero del que nadie se había hecho cargo (p. ej. General Sarmiento). Las políticas públicas, material que fue importante en la conformación de una de las más antiguas carreras del país situada en Mendoza, y que cuenta con una terminalidad en la carrera de ciencia política de Rosario, comienzan a ganarle espacio a la Ciencia Política. Ella es “la estrella invitada” que prolifera en la década de 1990, que hoy aparece en todos lados como terminalidad de grado, especialización, potgrado (p. ej. universidades de San Martín, La Matanza, Tres de Febrero, San Andrés, Di Tella, Rosario), y comienza a librarle una batalla de sentido y de profesión a la amplia ciencia política. En rigor, un sentido de lo que hoy suele encontrarse nombrado como *administración*, había tenido un espacio informal importante en las primeras licenciaturas de Rosario, pero donde la administración fue fagocitada por el derecho público, político, después constitucional, y por un tiempo pasó a ser coto específico de los contadores, tanto en la administración de la empresa privada como de las oficinas públicas. Estas contiendas de sentido pueden seguirse hallando en algunas de las carreras en las nuevas universidades, en donde la distinción entre la administración de lo común a todos de lo que es hacienda privada o personal, hay que buscarla principalmente en el acompañamiento de otros términos (p. ej. gobierno o políticas). De esta manera, en algunas universidades o departamentos dentro de ellas, la administración se macera con los ámbitos público y privado, con el Estado y con la empresa, y con la paradójica figura del “gerente” público o del desarrollo. Por último un área emergente, la de Desarrollo, principalmente asentada como

²³ Espacios importantes de su desarrollo se encuentran en la Universidad Nacional de Rosario, en Flacso-Buenos Aires, las universidades de San Andrés y Torcuato Di Tella.

posgrado en la Escuela de Política y Gobierno conducida por Marcelo Cavarozzi y en los institutos de General Sarmiento. En ellas se reconoce la necesidad de estudiar la creciente ubicación local o regional de la política y las estrategias de desarrollo e integración de distintos actores: productivos, políticos, sociales, y sus distintos ámbitos de interacción y vinculación (local, regional, nacional, internacional). Muchas de estas carreras se diferencian por los líderes disciplinarios que las coordinan y por las redes de contactos que éstas guardan con el extranjero, que les permiten invitar a profesores de otras latitudes o crear programas de doble titulación con universidades extranjeras. Mientras que otras lo hacen contactándose y colaborando con gobiernos y actores locales.

Todo este proceso ha disparado una gama mucho más amplia en perfiles y ocupaciones que exceden la del intelectual generalista, el analista de coyuntura política, la del investigador o la más clásica del profesor. Como se fue remarcando, ha emergido la de los asesores del gobierno o la empresa privada, la del *consultor* de actores políticos o de la administración pública, y la del hacedor, evaluador, o implementador de distintas políticas públicas ante variados organismos –públicos, privados, nacionales, regionales, internacionales. En todos estos sentidos, la disciplina se acerca a un perfil de profesional que intenta alejarse de los contenidos de valor de la política, y se acerca al de un “especialista” capaz de diferenciarse por el uso de herramientas que le provee la ciencia. Esta aspiración parece haber avanzado tanto, que a pesar de que la inclusión en el laboratorio de experiencias políticas de politólogos y administradores de lo público no ha cesado en los últimos años, no se palpa en la esfera de los asuntos público-políticos la misma dosis de creatividad que algunos de ellos poseen en el espacio de la disciplina. Aparentemente, sus saberes específicos parecen encontrar poco espacio para significar el mundo de la política. Lo que quizás al mismo tiempo muestre que hoy la política está poco permeable al mundo de las experiencias académicas. Asimismo, son varios los casos de intelectuales y académicos que se unen a un gobierno como especialistas en su área para terminar convirtiéndose en candidatos para alguna elección o en armadores de juegos internos del gobierno, tareas a través de las cuales no se renueva la política, ni se imprime

la impronta de su propia especialización. En todos estos sentidos, si la ciencia no establece un lazo creativo con la política, corre el riesgo de perder lo que parte de la historia de esta disciplina ha dejado como un fresco impulso creativo, ofrecer marcos sensibles a la vida de hombres y mujeres, reales y concretos.

Por último, pero no por ello menos importante, los temas que hoy invitan a pensar en una gama muy diversificada, básicamente ordenada alrededor de las tareas pendientes de la democracia. Por lo mismo, se señalarán sólo los que han concitado mayor atención, advirtiendo que su abordaje se realiza siguiendo y traduciendo debates disciplinares internacionalizados. Los problemas de la democracia pueden ordenarse sobre dos grandes ejes relativos a la polis: uno en torno al gobierno de la ciudad (la representación política, su crisis y la situación o calidad de las instituciones), y otro alrededor de los ciudadanos que la conforman (los problemas de la ciudadanía, su transformación y nuevas demandas). Ambos son tratados desde registros tanto teóricos como empíricos. Asimismo, una línea que abarca a las mencionadas es la de la calidad democrática, que considerada en sí misma sucede y avanza sobre lo que en otras décadas se abordó como transiciones y consolidaciones, aunque sin el énfasis provisto por la política comparada, que hoy aparece en el país con poca firmeza en lo que se llama *comparación en el nivel subnacional*. Sin dudas, esta es una deuda pendiente en los estudios politológicos en Argentina: analizar la democracia, sus instituciones, los problemas de la ciudadanía, lejos de Capital Federal y de las capitales de ciertas provincias centrales, lo que arrojaría diagnósticos diferentes.

Con todo esto, se puede decir que temas medulares son aquellos a los que se llamó en un sentido clásico *gobierno de la ciudad*: las instituciones de la representación política, su crisis o metamorfosis. El énfasis está puesto en los partidos políticos, cuyo estudio ha transitado sobre la existencia de un sistema y el de las formas organizativas internas, tanto en los viejos como en los nuevos partidos. El declive del papel del Parlamento –y de la oposición política– también se ha constituido en un problema mirado y evaluado a la luz del avance del Poder Ejecutivo, la personalización de la política, y la sustitución de la actividad legislativa del primero en función de gobiernos que ejercen el po-

der político a través del uso de decretos. Sin lugar a dudas el análisis de los comportamientos electorales, de los sistemas electorales, y los problemas de representación (sub/sobre representación, volatilidad del voto, desnacionalización de la representación partidaria), son en nuestro país la mayor aspiración por construir una ciencia política empírica, tal como esperaban los cultores del behaviorismo y del nuevo institucionalismo después.²⁴ Como vemos, se ha retornado al estudio de las instituciones políticas sin el acento formal-legal, pero también lejos del ánimo neoinstitucionalista que casi no ha tenido resonancias en el país, lo que no sintetiza pero alude a la escasa discusión metodológica que la ciencia política ha dado en Argentina. Cuestión postergada en todos los terrenos del campo: en la teoría y filosofía política que en estos tiempos ha avanzado más allá de la lectura de las fuentes en sí mismas; en la falta de reflexión sobre el uso de conceptos necesaria también en lo que se llama ciencia política positiva.

Desde el punto de vista de los estudios sobre las formas de ciudadanía, ha habido un impulso importante del lado de las formas de participación de distintos actores en transformación y en emergencia antes, durante, y después del año 2001. Los mismos casi siempre se realizan a la luz de este momento y muchas veces son tratados de manera dilemática con el problema de la representación. Hay investigaciones sobre las nuevas formas de ciudadanía aparecidas en contextos de complejidad de la democracia, que incorporan una gama de derechos más amplia que la de los civiles y políticos, y que varias veces introducen el vocabulario de la teoría o filosofía política. En algunos casos, éstos se abordan desde miradas novedosas que cruzan dimensiones, como es el caso de los estudios de *accountability social*.²⁵

²⁴ Una línea de investigación que lleva varios años en ejecución lo constituye la investigación dirigida por Isidoro Cheresky, realizada con el ánimo de cruzar análisis teórico y empírico sobre crisis de representación, elecciones, partidos políticos y ciudadanía, y que cuenta con el intercambio nacional, internacional y generacional. Otros casos que se ofrecen como ejemplos que no intentan agotar la gama existente son: en la Universidad Di Tella un programa de “Estudios electorales y legislativos”. Recientemente, la creación en Flacso-Argentina del programa “Instituciones políticas y gobernabilidad democrática”.

²⁵ El término es una recreación del trabajo de O’Connell sobre *accountability*. El proyecto está radicado en la Universidad Di Tella desde el año 2000 en el progra-

En torno a la calidad de la democracia, tema al que todos los anteriores tratan de aportar, confluyen una serie de problemas bajo estudio, algunos ya mencionados: la democracia y la relación entre el Estado y la sociedad –el régimen político–, la ciudadanía y las percepciones ciudadanas en torno a la democracia, y se han despertado otras cuestiones, algunas de las cuales habían sido abandonadas en el cruce de las décadas de 1970 y 1980 (p. ej. el Estado), o dejadas de lado en el vocabulario de las ciencias sociales desde la década de 1960 (p. ej. la sustentabilidad y el desarrollo). Ciertamente, los estudios en torno al Estado, después de haber sido considerados en función de los golpes de Estado en el cruce de décadas, fueron abandonados en la década de 1980 frente al régimen político y la cuestión de la recuperación del Estado de derecho. Luego, se lo observó en su relación con las reformas estructurales y económicas de la década de 1990, en donde fue presentado de manera opuesta al mercado. Ahora se está retomando el estudio de un objeto central para una ciencia política no cooptada por los estudios estadounidenses ligados al pluralismo y a la poliarquía, tanto de manera teórica como en su relación con la democracia y con el desarrollo. De alguna manera, retorna una variable de análisis dejada de lado en el pasado respecto a la democracia: las condiciones sociales y económicas en las que ésta se desenvuelve o ha de hacerlo.²⁶

ma de investigaciones “Estrategia de accountability social en América Latina”, y liderado por Enrique Peruzzotti y Catalina Smulovitz.

²⁶ El tema Estado resurgió en la década de 1990 en la sociología y ciencia política con la edición de P. Evans, Rueschemeyer, D. y T. Skocpol: *Bringing the State Back in*. Los casos que se ofrecen son sólo ejemplos que no intentan agotar la gama existente. La creación en la Universidad Nacional de San Martín del Centro de Investigación “Estado y democracia en América Latina” en 2006, dirigido por O’Donnell. Hay textos aparecidos recientemente Iazzetta, Osvaldo, *Democracias en busca de Estado. Ensayos sobre América Latina*, Homo Sapiens, 2007. Un caso interesante sobre calidad democrática lo constituye el trabajo de Iazzetta, O’Donnell y Cullell, *Democracia, desarrollo humano y ciudadanía. Reflexiones sobre la calidad de la democracia en América Latina*, Homo Sapiens, 2005. Finalmente, una investigación que cruza estos temas y es un “estado de la cuestión” regional, es el Informe del PNUD 2004, “La democracia en América Latina. Hacia una democracia de ciudadanos y ciudadanas” y “Debate conceptual sobre la democracia”.

Por último, y más ligado con el campo de la teoría política, ha hecho ruido un tema habilitado por la coyuntura política regional y que había sido dejado de lado en el repertorio conceptual de las ciencias sociales: la noción de *populismo*. Este también se acompaña de trabajos que a un nivel internacional, pero no estadounidense, abogan por reinterpretar la democracia, y la vinculan a nuevas lecturas de autores clásicos (p. ej. el Carl Schmitt de Agamben o de Mouffe).²⁷

Pero tras toda esta vigorosa vida institucional, cada una de las carreras o departamentos al interior de las universidades prefieren realizar un trabajo cuyos confines parecen ser ellas mismas. Esto marca una diferencia profunda con la década de 1980, en la que existía menor densidad institucional disciplinaria, pero más foros dispuestos al debate. En este sentido, la ciencia y teoría política en el país producen pesadumbre, no tanto por lo que fueron y ya no son, sino debido a la pérdida del carácter agonial con el que florecieron. Asimismo, las prácticas de la ciencia y de la teoría política están rutinizadas, y sin embargo ellas se muestran poco capaces de hacer traspasar sus diagnósticos, pronósticos, el resultado de sus investigaciones, y su vocabulario cada más común y especializado, al mundo de los actores políticos, de las organizaciones, al mundo de la política cotidiana. Evidentemente, la adrenalina que disparan las urgencias de la política no parecen haber tocado esta vez los cubículos, tal como lo hubiese requerido la crisis del 2001, y como de manera efectiva sucedió en las décadas en que ella afloró en el país, desligándose de las garras del derecho y de la arrolladora y modernizada sociología científica. En este sentido, no habría que perder de vista el hecho de que la ciencia política en Ar-

²⁷ La categoría populismo se ha abierto al debate en toda la región. Es acompañada de distintas lecturas, entre las que sobresalen las posmarxistas de la mano de Ernesto Laclau. En el país hay un espacio importante en la Escuela de Política y Gobierno (UNSAM) que se está dedicando al tema, entre los que podemos mencionar el trabajo de Gerardo Aboy Carlès. En teoría política, se han desarrollado estudios sobre representación y liderazgo (p. ej. Marcos Novaro). Hugo Quiroga desarrolla un importante trabajo sobre el decisionismo en *La Argentina en emergencia permanente*, Edhasa, 2005. Asimismo, hay resultados de investigaciones provenientes de la historia política que son insumos importantes para la teoría y ciencia política: politólogos que realizan historia del pasado reciente (p. ej. Novaro y Palermo), y quienes cruzan historia, ciencia o teoría política (p. ej. Natalio Botana, Juan Carlos Torre).

gentina prosperó pensando el cambio político e imaginando nuevos rumbos para situaciones políticas asfixiantes, y que en ese caso ella podría volver a mirarse como la creación siempre conflictiva de los marcos simbólicos e institucionales de la vida en común, que incluiría al mundo cotidiano de las instituciones políticas. Es decir, en su doble acepción de político y de política, con las obvias elecciones de sentido que se imponen cuando se reflexiona sobre lo común a todos, y tal como dejó sentado la generación que le dio un giro a la ciencia política, allá por la década de 1960 y más acá en la de 1980. La última paradoja invita a reflexionar la cantidad de jóvenes que se acercan a su estudio, pero a la disciplina le falta un impulso generacional que le dé vitalidad, tal como aconteció en la ciencia política practicada en Argentina hacia la década de 1960, y tal como lo muestra, entre otros, Giovanni Sartori en su reciente intervención evaluativa, en donde las nuevas generaciones fueron centrales en una renovación disciplinaria que condujo de vez en vez a transformaciones internas a la disciplina.

Bibliografía

- Acuña, Carlos (2000), entrevista, *Revista Post Data*, núm 6, julio de 2000.
- Almond, Gabriel (1999), *Una disciplina segmentada. Escuela y corrientes en Ciencias Políticas*, Fondo de Cultura Económica.
- Amorim Neto, Octavio y Fabiano Santos (2005), “La ciencia política en Brasil: el desafío de la expansión”, *Revista de Ciencia Política*, Santiago de Chile.
- Ball, Terence (1995), *Reappraising Political Theory. Revisionist Studies in the History of Political Thought*, Clarendon Press, Oxford.
- (1996), “American Political Science in its Postwar Political Context”, en James Farr y Raymond Seidelman (coords.), *Discipline and History. Political Science in the United States*, Michigan.
- Bulcourn, P. y M. D’Alessandro (2002). “La ciencia política en la Argentina. Desde sus comienzos hasta los años ‘80”, *Revista de Ciencias Sociales*, UNQ, núm. 13.

- Dahl, Robert (1996), "The Behavioral Approach in Political Science: Epitaph for a Monument to a Successful Protest", en James Farr y Raymond Seidelman (coords.), *Discipline and History. Political Science in the United States*, Michigan.
- Easton, David (1996a), "The idea of Political System and the Orientation of Political Research", en James Farr y Raymond Seidelman (coords.), *Discipline and History. Political Science in the United States*, Michigan.
- (1996b). "Political Science in the United States: Past and Present", en James Farr y Raymond Seidelman (coords.), *Discipline and History. Political Science in the United States*, Michigan.
- Farr, James y Raymond Seidelman (coords.) (1996), *Discipline and History. Political Science in the United States*, Michigan.
- Fernández, Arturo (2002). "El desarrollo de la ciencia política en Argentina", en Arturo Fernández (comp.), *La ciencia política en Argentina. Dos siglos de historia*, Beibel.
- Held, David (1991), *Political Theory Today*, Polity Press.
- Kandel, Victoria (2002), "El estudio académico de la ciencia política. El caso de la UBA", en Arturo Fernández (comp.), *La ciencia política en Argentina. Dos siglos de historia*, Beibel.
- Lesgart, Cecilia (2003). *Usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del '80*, Homo Sapiens.
- (2002), "Ciencia política y producción de la idea de transición a la democracia. La reorganización de un campo de conocimiento", en Arturo Fernández (comp.), *La ciencia política en Argentina. Dos siglos de historia*, Beibel.
- Lesgart, C. y M. J. Ramos (2002). "La temprana creación del estudio universitario de la política en Rosario. Itinerarios institucionales", en Arturo Fernández (comp.), *La ciencia política en Argentina. Dos siglos de historia*, Beibel.
- Merino, Mauricio (coord.) (1999), *Historia de la ciencia política en México*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Neiburg, Federico (1998), *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Alianza.
- Puryear, Jeffrey (1998), *Thinking Politics. Intellectuals and Democracy in Chile, 1973-1988*, The Johns Hopkins University Press.

- Roldán, Darío (comp.) (2006), *Crear la democracia. La Revista Argentina de Ciencias Políticas y el debate en torno a la República Verdadera*, Fondo de Cultura Económica.
- Sigal, Silvia (1991), *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Puntosur, Buenos Aires.
- Sorj, Bernardo (2001), *A construcao intelectual do brasil contemporaneo. Da resitencia a ditadura ao governo FHC*, Jorge Zahar Editor, Rio de Janeiro.
- White, Leonard (1996), "Political Science, Mid-Century", en James Farr y Raymond Seidelman (coords.), *Discipline and History. Political Science in the United States*, Michigan.